

LA CARNE

(TERESA.)

- TERESA (*Resueltamente.*) Aquí me tiene usted. Veamos ahora qué desea.
- AUGUSTO No creí encontrar en usted, dulce y buena, una acogida tan hosca, tan..... y menos para mí, que no he cometido más delito que amarla mucho y no olvidarla nunca.
- TERESA (*Siempre seca.*) Si eso era todo lo que tenía usted que decirme, con su permiso.....
- AUGUSTO (*Profundamente emocionado.*) No, Teresa, no es eso. ¿A qué decirle a usted que la amo, si lo sabe de memoria?
- TERESA Suplico a usted no me hable así.....bien sabe usted que mañana parto para un convento y que no puedo permitirme oír ciertas frases y menos de usted.
- AUGUSTO Si con eso la ofendo, perdóneme usted. ¿Qué quiere usted que haga, si sin pensar las digo? El corazón me ordena que las diga y es el corazón, Teresa, un amo tiránico é implacable.
- TERESA Augusto, no quiero ser grosera. No me obligue usted a dejarlo con la palabra en la boca. ¿Qué me quería usted?
- AUGUSTO Estar con usted a solas un momento para despedirme, para que quede en usted de mí, un re-

- cuerto cariñoso, y de usted en mí, el saber que me ha perdonado; la promesa que me va usted a hacer, no puede usted negármela.....
- TER. ¿Qué promesa?
- AUG. De que ha de rogar usted por mí, de que ha de pedirle a Dios.....
- TER. ¡Oh! Seguramente.
- AUG. Ha de pedirle usted que la olvide, Teresa, que la olvide, porque la amo mucho!
- TER. ¡Augusto! (*Con tono de cariñosa recriminación.*)
- AUG. Sí, perdóneme usted, ya sé que soy muy necio. ¿Para qué decirle eso si sé que es inútil? ¡Ah, Teresa! porque no puedo conformarme con la idea de que va usted a ser monja, porque si no le repito que la amo una, cien, mil veces, me moriría, sí, me moriría, como voy a morirme al pensar que esa cabellera que es mi deleite, caerá cortada..... que esa juventud que adoro, morirá muy pronto, que todo eso que debía ser mío, sí, ser mío,—¿qué mayor derecho que el amor?—me lo roba el convento, el convento maldito, la negra esfinge, trágica, dolorosa, aterradora..... Teresa, estoy loco! Si usted amara, me comprendería. Figúrese por un momento que usted no es usted..... ¿Me explico? y falle, dígame si tengo razón..... de esa manera usted no se compromete con una contestación favorable, porque usted no es usted, ¿no? El otro día les contaba mi caso a mis amigos; alguien me dijo: “Y tú, ¿con qué derecho se la disputas al convento?”..... La amo, contestéles por lo bajo; y unos se quedaron taciturnos y otros se rieron de mí a carcajadas..... Usted como está. ¿Se ríe o se calla?..... (*Ansioso.*)
- TER. No podría reirme. Soy agradecida.
- AUG. Eso era lo que yo anhelaba, una frase así en sus labios. (*La coge la mano nerviosa y fuertemente.*) ¡Ah! muchas gracias, Teresa, muchas gracias!
- TER. (*Deja abandonada la mano que acaba de soltar Augusto.*) (*Pausa.*)
- AUG. ¿Y ahora puedo creer que me ha perdonado usted? (*Teresa emocionadísima no responde.*) ¡Sí, ya lo sa-

- bía yo!..... no en balde creí que me amó usted en un tiempo..... pero cómo pasa todo..... ¡Qué cruel es la vida!..... ¿no es verdad, Teresa?
- TER. Augusto, yo le vivo reconocida porque no merezco ese cariño, pero Dios me llama.
- AUG. No, si es lo que yo digo, ¿qué culpa tiene usted? Un día creyó quererme, me lo dijo usted, yo fuí feliz: otro día se convenció de que no, de que debía ser monja, y de la misma manera me lo dijo usted; fué usted honrada. Yo le agradecí el que siquiera hubiera imaginado que me amaba, porque fué imaginación, pura imaginación.....
- TER. (*Irreflexivamente*) No, no, Augusto, no fué imaginación.....
- AUG. Teresa, no me desgarré usted el alma, ¿usted me quiso y me quiso de veras? Repítalo usted, Teresa.
- TER. Augusto, no me haga usted sufrir, si es verdad que me quiere; me hacen daño, un infinito daño sus palabras.....
- AUG. ¡Que le hacen daño a usted mis palabras! Entonces quiere decir que han tocado en lo vivo, que no es una quimera la que pienso, que... ¡Teresa, téngame usted compasión!.....
- TER. No, Augusto, yo debo ir al convento, yo no he dicho eso..... (*Luchando desesperadamente*)
- AUG. No, sí lo ha dicho usted, que le hacen daño mis palabras, si todo yo tiemblo, si no sé lo que me pasa...
- TER. ¡Augusto!
- AUG. ¡El convento! Teresa, usted cree en Dios firmemente y Dios no la quiere para el convento, la quiere para que haga la felicidad del que la ama, del que la ama y ese soy yo, el que va usted a salvar..... una alma para el cielo..... me querrá usted mucho....yo la querré más que ahora, ¡y fíjese usted qué absurdos digo!..... ¡Como si eso fuera posible!... A veces pienso que va a estallarme el pecho y por ahí va a salirse el corazón.... ¡Verá usted! Nuestra casa....ya veo nuestra casa ¿eh? Figúrese-la usted: muy alegre, con muchas flores, pájaros y mucha luz, la que le dará el sol con sus ternuras

- de astro y usted con sus ternuras de mujer; los dos enamorados, muy enamorados, con todo un horizonte frente a nosotros, marchando en la vida de cara al Destino, al que combatiremos, usted con su poderío de madre, yo, con mi poderío de hombre fuerte y sano, y los dos con nuestro infinito amor, nuestro infinito amor, bendecido por Dios y por Dios amparado.
- TER. Augusto, calle usted.... ¿no oye que me hace daño? Yo debo ir al convento, sí, al convento..... al.... con..... ven....to. (*Cortadas las palabras por el hipo del lloro*).
- AUG. Al convento y llora usted al decirlo.... al convento y tiembla usted cuando le cojo la mano. No, Teresa, si usted no puede olvidar nuestra vieja pasión, cuando en ese jardín y una tarde como ésta, de mayo, una tarde que usted y yo dijimos que olía a pureza, porque habíamos visto a la Virgen en la iglesia, porque habíamos visto a las niñas vestidas de blanco que arrodilladas le ofrecían flores, porque nos habíamos visto nuestras almas, porque al escapárenos nuestro secreto divino, había perfumado la atmósfera.... ¡Vaya si teníamos razón para decir que olía a pureza aquella tarde! ¿Se acuerda usted? ¿Verdad que sí? Pues hoy, como esa tarde, va usted a ser honrada. Esas lágrimas son por una cosa que deja usted, porque no le pertenecía y creyó usted que la iba a hacer feliz.... se ha convencido de que no es ese el camino, y lo deja y vuelve, vuelve a derramar felicidad a manos llenas, a disipar las tinieblas de un alma que ha celebrado sus esponsales poéticos con otra y de esos esponsales ha resucitado con todas las palpitaciones luminosas de su vida, un viejo amor y un amor siempre nuevo. ¿A que ya no pensamos en el convento? No. [*Le besa la mano hondamente conmovido*] ¡Ah..... ¡Si ya lo sabía yo, ya lo sabía yo, mi buena virgencita, que me amabas mucho y que por mí sufrías!....
- TER. [*Cayendo en sus brazos, oculta la cara en el hombro*

de Augusto y sacudida por el llanto, exclama] ¡Augusto, Augusto!
(El sol se ha puesto. La estancia iluminada por una luz poéticamente azul).

ACTO PRIMERO. Escena séptima.

JOSE J. GAMBOA.



El mañana

- ANGELA Jesús!..... Eres tú, Andrés? Qué susto me has dado!..... Estoy tan nerviosa!
- ANDRES (Con cierta frialdad.) Venía yo a informarme de cómo sigue doña Guadalupe.
- ANGELA (Caríñosa, señalándole el escritorio.) Mira, empezaba a escribirte.
- ANDRES La he dejado enferma y naturalmente..... la inquietud.....
- ANGELA Ya está mejor, no te apures.
- ANDRES Se quedó en este gabinete y creía encontrarla todavía aquí.
- ANGELA Pues has hecho bien en entrar, no te mortifiques; mamá no se disgustará por eso, y tengo tanta necesidad de hablar contigo!.....
- ANDRES Sí, pero eso no es correcto: los criados.....
- ANGELA ¿No lo deseabas tanto? Me habías dicho que buscara una oportunidad y aquí la tienes.
- ANDRES Pero me apena en estas circunstancias.....
- ANGELA Comprendo tu delicadeza y la admiro. Eres muy bueno, mi Andrés, y tu dolor ante el cuadro de nuestra desdicha es la mejor prueba de amor que puedes darme. Tu respeto hacia mi madre afligida es digno de elogio. Eres superior a mí, que en los momentos de mayor angustia,

no podría dominar los impulsos de mi amor que a cada detalle ligaban tu recuerdo y evocaban tu imagen a pesar de los remordimientos que me causaba el no poder consagrar mi corazón entero al consuelo de mamá anonadada. Y cómo había de hacerlo, sintiendo mi pecho vacío? Si mi corazón y mi pensamiento lo tienes tú por completo, si mi egoísmo me hacía pensar con deleite en esta desventura misma. Y sabes por qué, mi Andrés? Pues porque me decía muy bajito: ahora que Andrés me vea pobre, llorosa, me va a querer más, mucho más! . . . como yo le querría si le viese enfermito; del mismo modo que siento aumentarse mi cariño cuando te veo triste y preocupado, cuando tus ojos se arrasan de lágrimas al hablar de tu buena madre muerta. Y este pensamiento me ha hecho desear con ansia estos momentos, como el consuelo más grande, como el olvido.

AND. Verdaderamente esta desgracia es irreparable! Si Guillermo no me hubiera estado haciendo creer, con su maldita manía de mentir y de parecer hombre de negocios y de importancia, que gestionaba la titulación de la mina, que intervenía en las negociaciones agrícolas y comerciales de la casa, yo hubiera podido estar alerta, yo habría impedido.....

ANG. No te alteres así. Si todo esto ya no tiene remedio! No pensemos en el pasado, el amor no mira hacia atrás, camina con los ojos fijos en el azul del cielo, y como tiene alas, salva los abismos que se atraviesan a su paso. Pensemos en el porvenir, como lo habíamos hecho hasta ahora, construyamos nuestro nido ideal de ternura!..... hazme olvidar, con esas palabras de amor con que tú sabes arrullarme, todas estas miserias terrenales!

AND. Angelita . . . me parece una profanación en estos momentos, cuando todavía no se secan las lágrimas derramadas por doña Guadalupe, el que nosotros nos dediquemos a la improvisación de idilios románticos. La poesía excluye la prosa; pero ésta toma la revancha y con las durezas de la realidad, excluye también a la poesía. Una pérdida de tantos miles,

de tan hermosa ganadería, de tan bastas campiñas, de tan rico mineral. . . .!

ANG. No te comprendo! La pena te deprime más que a mí. Ahora tú eres el más débil! Yo te hablo de nuestro cariño y tú me hablas de negociaciones, de minerales, de intereses, qué sé yo?..... No, no es eso!

AND. Pero debe ser! Que no mire hacia atrás? Si el presente y el porvenir son los que contemplo! Que salte sobre el abismo? Para saltar sobre estos abismos de las crisis financieras, son frágiles las alas del amor, es forzoso tener alas de oro y yo no las tengo! Para construir esos ideales de las delicias íntimas, se necesita dinero con que pagar el arquitecto! Todos los sueños necesitan tener una base, y como esas estatuas de bronce que parecen rozar apenas el suelo con el pie, tendiendo su vuelo, han menester de un sólido pedestal al que estar ligadas por un alma metálica! (*Adoptando una resolución fríamente.*) Escúcheme usted, Angelita: (*Terrible conmoción en Angela, la cual domina gradualmente, hasta terminar en una actitud despreciativa, en la que permanece silenciosa.*) soy pobre y necesito crearme una fortuna; juntos hemos forjado un ideal que hoy se desgrana! Yo no puedo fundar un hogar, contraer responsabilidades y obligaciones superiores a mis fuerzas, que me atarían las manos impidiéndome llegar al fin que me propongo. No se incomode usted y comprenda que, en mí, sería un acto de imbecilidad el arrastrar a usted conmigo a una existencia de privaciones y de trabajos, muy distinta por cierto de esa vida llena de caricias y dulzuras, de paz y de embeleso con que usted soñaba. Debemos separarnos, no pensar más en la quimera irrealizable, estrechar por última vez nuestra mano amistosamente, como dos pasajeros ante un camino que se bifurca, y buscar cada uno por el suyo, su fortuna; es forzoso

ANG. (*Con ímpetu.*) Salga usted!

ACTO SEGUNDO.—Escena X.

ALEJANDRO CUEVAS.

INDISOLUBLE

CAROLA

CAROLA

ALEJANDRA

ALEJANDRA

CAROLA

CAROLA

ALEJANDRA

CAROLA

ALEJANDRA

CAROLA

(*Sentada al piano y cantando a media voz.*)

“¡Ay de mi, tortola! mi tortolita...” (*Levantándose*). Esta sí, que es vida; la que yo había menester. ¡Ah! (*Con intención a Alejandra*) Usted se trae algo.

Sí; su explicación con Teodoro, me ha hecho pensar hondamente en usted; pero temo, porque es natural, que en cuanto digo parecerá traslucirse un mal disimulado egoísmo.

No; que sólo un carácter miro en esta casa; el suyo.

¿Ha pensado usted en su resolución? La aplaudo desde luego; pero ¿creo usted persistir en ella? Analizemos: yo creo atribuir la causa del desastre, en la unión de ustedes, a un gran error de elección....

Del que, no fué la culpable.

¿Teodoro?

Ni él: la educación. Nos educan en la vanidad y la virtud, para casarnos, indefectiblemente con un hombre que fomenta nuestra vanidad y da con la virtud al traste. ¡Oh!

Una elección juiciosa...

Que deberá hacer ¿quién? ¿las familias? ¿nosotras? ¡Hay oposición! ellas piensan y pensarán en el matrimonio; nosotras, ¡en el marido!

ALE. Habla usted de familia, educación.....y Teodoro afirma haberla conocido en un orfanatorio; sin padres.....!

CAR. (*Cogida en mentira y sin desconcertarse. La eterna mentirosa entra en juego*). ¡Mi secreto! el secreto de mi vida. Oígaló usted y mi Teodoro lo ha sabido jamás: era en el orfanatorio....sí; y cuando nos sacaban al jardín, un gran carruaje aguardaba indefectiblemente. Cubierta por doble veló, de riguroso luto, la miraba descender....me besaba y huía.... ¡Jamás le ví el rostro. (*Vencida por la mirada fría y severa de Alejandra que no se deja engañar*.) Ya.... ya sabrá usted todo ésto.

ALE. Y diga usted: si celebrado el matrimonio hace bancarrota el ideal, ¿no será lo indicado formar nuestra felicidad con los elementos que nos restan?

CAR. (*Negando con la cabeza.*) Perdiéron la cabeza los alquimistas buscando la “piedra filosofal.” Solo con oro se fabrica el oro.

ALE. Perdóne usted, pero, como al salir de esta casa, quiero llevar mi conciencia tranquila, debo insistir en la definición de términos.

CAR. Por interés de.....

ALE. Emilia! ¿Le parece extraño?

CAR. ¿Me da usted su palabra de honor de que al salir Teodoro, no le recomendó provocar esta explicación?

ALE. Mi palabra de honor.

CAR. Vamos entendiéndonos.

ALE. Decía que, si no sintieron ustedes, como el llamado de una risueña esperanza al advenimiento de la maternidad.

CAR. ¿Yo? tal vez. El, como todos. ¡La maternidad! Nos la encarecen los hombres, no por el amor que engendra, sino por las garantías que les proporciona.

ALE. ¡Oh....no!

CAR. ¿Usted fué casada antes de.....

ALE. No.

CAR. ¡Ah, ya! De haberlo sido, sabría que somos, en el noviazgo sus diosas; de casadas.... ¡sus niñeras!

ALE. ¡Qué avance de ideas!

- CAR. ¡Es natural hija! Catorce años contados por nudos o kilómetros, según que viajaba en ferrocarril o vapor.....
- ALE. Creo que fué una fortuna que no hubiera usted formado a esa niña.
- CAR. (*Agresiva.*) Va en opiniones, señora.
- ALE. Tal vez no; la que no sabe ascender de hembra del hombre a madre de sus hijos.....
- CAR. ¿Para recuperar un amor que nos huye?
- ALE. ¡Por deber!
- CAR. ¡Por deber! ¡ya salió la palabrota! ¡ya salió! Si yo creo que el deber, para nosotras, consiste en no hacer todo lo que los hombres se reservan como derechos. Yo no supe lo que fué un esposo; conocí ¡al amo! al juez.... ¡Era su deber enseñarme!
- ALE. ¿En amor quién instruye?
- CAR. ¡Pues debieran! ¿ve usted esta mano? hubo que enseñarla a persignarme. ¡A golpear aprendió sola! (*Fuera de sí.*)
- ALE. ¿Esa manera de accionar?
- CAR. (*Con arrebató.*) Acusa que vengo de una raza que tiene el raciocinio en las manos. Indica mi paciencia ya colmada. Si tu gazmoñería se rebela en mi contra, sabe que mi manera de ser es así. ¡Se acabó! ¿No aguardaban ustedes mi resolución? ¡jugar conmigo! Mi propuesta fué clara, porque la situación de ustedes me absuelve de todo. Emilia es mía... muy mía. Bien advertí cuando Teodoro se la quiso llevar.... Con fútil pretexto la retiraste de aquí ¡se acabó! Sépalo de una vez Emilia y pax Cristi. (*A grandes voces y cerca de la puerta del comedor.*) ¡Emilia! Emilia!
- ALE. ¡Por caridad!.....no supe lo que hablé.....¡mentí!
- CAR. ¡Emilia!
- ALE. ¡Está enferma! podría matarla una impresión así. Hay que prepararla.... ¡calle usted si la ama!.... ¡calle usted!
- CAR. (*En quien la voz materna habla, sintiéndose vencida al oír que su hija puede morir bajo el golpe de una*

fuerte impresión): ¿Enferma?¿sí?... ¿formal...? (*A Emilia que aparece.*) Yo deseo estudiar contigo ¿quieres? (*Se sienta al piano y canta a media voz:*) "¡Ay de mi tórtola! mi tortolita.....que al monte ha ido...." ¡Oh.....ven.....ven.....!

ACTO SEGUNDO. Escena última.

MARCELINO DAVALOS.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Así pasan...

- VICTORIA Máximo..... ¿por qué?
MAXIMO Amiga mía, mañana otorgaré la protesta como Profesor en el Conservatorio.
VICTORIA (*Sin querer comprenderle.*) Qué bueno y qué merecido..... pero yo.....
MAXIMO Rechazaste mi juventud; no amargarás mi vejez rechazando el sitio que te ofrezco en mi casa.
VICTORIA No puede ser... .. no, amigo mío..... no no será. (*Se levanta anhelosa y como agonizante que se aferra a la vida, exclama:*) ¡Trabajaré! ¡trabajaré!..... ¡Maestro! ¡Maestro! (*Llamándole a gritos.*)
MAXIMO Calla, por Dios.
VICTORIA No, no.
MAXIMO ¿Qué te impide la entrada en mi casa?
VICTORIA ¡El recuerdo! Tú lo has dicho: amargué tu juventud.
MAXIMO Pero al decirlo, me olvidé agregar que no fué dulce la tuya. Has por lo menos que pasen tranquilos nuestros últimos días.
VICTORIA Máximo, no es posible, no.

- MAX. (*Enlazándola suavemente.*) Si el presente es frío, la memoria del pasado entibiará el hogar.
VICT (*Pugnando por desasirse de los brazos de Máximo.*) Déjame, deja..... ¡trabajaré!.... ¡Maestro!
MAX. Amiga mía, no puedes ya.
VICT. (*Con amargura.*) Cigarra que cantaste en el verano, baila, si no quieres morirte de hambre en el invierno! ¡Baila.... baila!
MAX. Cede a mi ruego; recuerda aquellos días.
VICT. No. El artista debería saber morir..... como el sol, como la flor: cuando aun brillan o perfuman. Tienen fresca los pétalos, perfume llega el viento..... y las deshoja. Pleno de luz, se hunde el sol. ¿Qué pasaría, Máximo, si el mismo sol se quedara por las noches en el cielo? Pasaría, Máximo, que, como las cosas ansían quietud, los cuerpos reposo y las almas soñar, las almas y las cosas le gritarían: "Nos lastimas, ¡húndete! nos estorbas, ¡vete!"
Así, así siento algo que me empuja; oigo la voz de la tierra que me grita: "Ven, ya es tiempo, ven."
..... ¡Oh, el artista debería saber morir!
MAX. Calla, por Dios.
VICT. Juventud, ¡primavera de un día! Vejez.... invierno interminable, ¿qué será de mí?
MAX. (*Como un eco.*) Cigarra que pasaste la juventud cantando.... no bailarás en el invierno; mi hogar te aguarda:
VICT. No, no.....
MAX. Pero ¿por qué?
VICT. ¿Qué va a decir el mundo?
MAX. Que juntamos nuestra dolorosa vejez.... y reirá si tú quieres, pero su risa no llegará a nuestro rincón, en donde yo te veré como a mi hermana, mi amiga. ¡Amamos tanto para el público en los dramas!.... ¡toda la vida! Justo es que hoy que nuestra labor termina, amemos un poquito para nosotros mismos.
VICT. (*Casi vencida.*) Máximo..... ¡a nuestra edad!....
MAX. Pero si no hemos vivido. Siempre entre bambalinas

y bastidores.... ¡Mentira nada más! Hoy que para nosotros comienza la realidad de la existencia, hasta hoy es que comenzamos a vivir.

VICT. ¡Vida breve!

MAX. Si un momento se ama, ese momento es una eternidad.

VICT. Cierto.

MAX. ¿Lo ves?

VICT. *(Como un reclamo.)* Máximo.....

MAX. Amiga mía.

VICT. ¿Nadie nos oye?

MAX. Nadie.

VICT. Mira bien, por Dios.

MAX. *(Después de hacerlo.)* Nadie.

VICT. Ven entonces y dime: ¿no vas a reírte si te hago una confesión? ¿no te reirás?

MAX. Habla.

VICT. Mira otra vez.... no sea que nos oigan.

MAX. El ensayo del baile es lejos; los demás, se han ido.. habla.

VICT. Es cierto, es cierto; aquí lo he sentido *(Por el corazón.)* y vive aún.... el amor vive. No un amor como aquél, no el de la juventud, no; el amor del invierno.... la primavera de la nieve..... la vida del recuerdo.... ¡qué hermoso! ¡Cigarra que pasé cantando el verano, no tendré que bailar en el invierno! ¡qué hermoso!

MAX. ¡Mi dulce amiga!

VICT. Sí.... sí.... vieja es la tierra, viejo el sol: se aman aún, se besan, y de su beso brota la primavera..... ¡Máximo!

MAX. Sigue.....

VICT. ¡Creemelo! no es que huyera el color negro de mis cabellos, como no se fué el rosa de mis mejillas. Pasó que, una tinta blanca cubrió mi cabeza y otra amarilla invadió mi faz. Luego, el negro de mis cabellos y el rosa de mis mejillas, quedaron dentro; ¿dónde? ¡quién lo sabe! tal vez se fueron a refugiar al corazón, y es por eso que mi corazón es joven... ¡Máximo! ¡oh amor blanco! ¡juventud del invierno!

¡primavera de la nieve.... florece.... florece.... florece

(Al unirse en amoroso abrazo, el hábito de lo trágico pasa una vez tan solo por el vetusto y prostituido escenario.....!)

ACTO TERCERO.—Escena última.

MARCELINO DAVALOS

